*
* *

Hasta aquí mi amigo.

Me parece, repito, que resulta un caso práctico bastante elocuente. Dejo las deducciones á los lectores y hago punto final...

Ah, se me olvidó decir, pero casi creo inútil añadirlo, que todas aquellas señoras, si no escriben *beso* con *v*, ciertamente en el momento de escribirlo deben dudar un poco; y hasta me atrevo á creer que son un tanto superiores á la mujer tipo del periodista ingenioso, porque todas sabían sin duda que *Polonia* no era una criatura como ellas.

EL CAPITAN HUGO FOSCOLO

[Florencia 24 de Junio de 1871.]

Al llegar ante los despojos de Hugo Foscolo todo el mundo se quita el sombrero, baja la frente y exclama:

—Honor al gran poeta.

Yo me planto derecho ante los restos, alzo la cabeza, llevo la mano derecha abierta y apretados los dedos con la palma al frente, colocando el índice perpendicular al ala del sombrero y exclamo con acento soldadesco:

—Honor al capitan Hugo Foscolo.

El capitan Foscolo es poco conocido.

En los colegios militares, cuando un jovencillo dá señales de haber nacido para las letras y la poesía, los maestros le suelen decir: "Bravo, estudie Vd., no se desanime, la poesía se puede conciliar perfectamente con las armas; vea, por ejemplo, en la antigüedad á

Tirteo; en tiempos posteriores á Cervantes, á Calderon de la Barca, á Camoens; en Italia, Dante combatió en Campaldino, como Vd. sabe; despues, en Grecia, Riga; Koerner en Alemania; Hugo Foscolo.....

Alto, señor maestro; alto, delante del jacinto griego educado en el suelo de Italia como dice Francisco Domenico. Paso por los otros; mas de Hugo Foscolo que está tan cerca de nosotros, se debería decir algo más y mejor que lo que se indica en la acostumbrada fórmula: *¡poeta y guerrero*, cuando se le cita á los jóvenes poetas que un dia serán oficiales del ejército.

¡Guerrero! gran cosa. Que un hombre dotado de excelente ingénio poético haya podido ir á la guerra, no debe parecer raro, singular y extraño sino á quien tenga por verdad inconcusa y axiomática que poeta y poltron son una misma cosa. Y esto no lo debe creer un profesor. Al contrario, segun la sentencia de Leopardi, que asegura no se puede imaginar y escribir nada verdaderamente noble y grande, sino por aquellos que conociendo la manera, hayan llevado á cabo sus propósitos; y un maestro, de lo que debe maravillarse, es precisamente de que todos los poetas, y especialmente los que en sus versos fueron belicosos, no hayan ido á hacer el soldado cuando se les presentó la ocasion.

De aquí que hablando de Foscolo á los escolares militares no se les debe decir: "Ved, ejemplo extraordinario, Foscolo escribió versos inmortales y se batió como un valiente;" si no por el contrario: "Ved, virtud rara, Foscolo el literato, Foscolo el poeta, Foscolo con la cabeza llena de Homero, de Virgilio y de Dante, Foscolo hizo su servicio de oficial con una solicitud propia para contentar al coronel más ordenancista del ejército del Emperador; Foscolo llevó la *contabilidad* de tres destacamentos con una diligencia tal, que envidiaría el oficial de administracion militar más consumado; Foscolo se ocupó de las camisas, de los zapatos y de los capotes, del rancho de sus soldados, con un cuidado constante, afectuoso y paternal; amó con efecto á sus soldados, como hijos, y fué amado por ellos, como padre."

Aquí es donde está lo admirable, aquí donde radica la virtud característica de Foscolo soldado, que no tuvieron los demás poetas ó que si la tuvieron no la podemos citar como ejemplo porque lo ignoramos. Pelear como valiente, cierto que es algo; pero prestar bien el servicio de Imaginaria en el cuartel, llevar en regla los registros, para un poeta, significa mucho más, porque al fin y al cabo en la pelea hay poesía ó estamos habituados á verla, mientras que en aquellas otras haciendas quien quiera hallar poesía es preciso que él la invente y la ponga toda de su parte. Y Foscolo convirtió en poéticas las tareas, y por esto repito, mejor que por otro respecto, fué singular y admirable; y por esto, debe ser recordado y alabado.

Bello es ver á Foscolo muy jóven aún, inspirado en la certeza de haber nacido para la gloria y para *llegar á ser algun dia algo;* Foscolo que había gastado su adolescencia en los estudios y triunfado en Venecia con

Tieste, y escrito la célebre oda á Buonaparte, y redactado el *Monitor italiano* con Pedro Custodi y Melchor Gioia y llenado ya con su nombre media Italia; bello es ciertamente verlo, al primer grito de guerra olvidar los versos, la fama y el amor y entregarse por completo al *espíritu guerrero que dentro dél rugía* y hacer como simple soldado la campaña del VII, y combatir su centro en Fuerte Urbano, en Trebbia, en Novi, en Toscana; bello, verlo sobre los montes de Génova á la vista del mariscal Soult lanzarse entre los primeros al asalto del fuerte de Dos Hermanos, y caer herido y merecer las alabanzas del general Massena; bello, contemplarlo por la noche, cansado de las faenas del dia, ir á arengar al pueblo genovés reducido á la sazon á alimentarse de gatos y de cáscaras de limon, y encenderlo en ardimiento y en esperanzas, prefiriendo ayunar y sufrir al lado de las tropas, que gozar de un cierto bienestar en el Estado Mayor; y en medio de tales angustias, entre los gritos desgarradores de las madres genovesas moribundas de hambre, escribir la oda á *Luis Pallavicini* y la epístola fatídica á Buonaparte; bello, en fin, contemplarlo peregrinando por los campos italianos, *haciendo*, segun sus palabras, *de defensor oficioso de los soldados culpables sometidos á consejo de guerra;* cumplir su mision topográfica en Valtellina, traduciendo á Homero, recogiendo documentos para la historia militar, y cooperar á la publicacion de Montecuccoli buscando sin cesar todos los medios con que poder ser útil, empleando su ingénio, en pró del ejército y de la pátria.

Todo esto es bellísimo, pero no valen lo que las pocas cartas de oficio, escritas desde Valenciennes al jefe de Estado Mayor y al general de division.

Las escribió en calidad de comandante de los tres depósitos del llamado *Ejército del Océano*, en el campamento de Boulogne.

Era su designio seguir á Inglaterra el *génio de Bonaparte* para ver con sus propios ojos una expedicion, *la cual por los cambios de sistema de guerra y por los progresos de la marina habría formado época en los anales militares.*

Mas su deseo no se logró y no vió batallar otras columnas que las del *Debe* y el *Haber* y en lugar de sumar victorias, tuvo que contentarse con sumar *Totales.*

Su correspondencia data del dia en que asumió el mando de los tres depósitos en 3 de Enero de 1805.

Sus cartas deben ser cuarenta y ocho, segun se dice; pero solo se cuentan diez ó doce conocidas, y con ellas basta para comprender con qué gusto y buen deseo cumplía su deber. Se nota inmediatamente que tomaba el servicio de las armas con todos sus pormenores en sério, lo mismo que todo lo que ejecutaba, y su mayor dolor estribaba en ser impotente para cuanto quisiera, ora por falta de medios, ora por otros motivos; porque en os depósitos se carecía de todo, hasta de lo más indispensable á la vida del soldado. Los que habían de proveer á las atenciones de este servicio, ocupados en la guerra, no podían recurrir á lo que Foscolo reclamaba.

Gran tormento era para él la administracion.

Sus superiores no cesaban de recomendarle la economía, y él no tenía ánimos para seguir privando á la tropa de lo mínimamente preciso, cuando veía á sus pobres soldados reducidos á la miseria.

—"Me ingeniaré—contestaba al general—y de hoy más no abonaré sino la mitad de la paga. Pero es imposible privar á la tropa, dado el frio que hace, y el poco abrigo exterior con que cuentan, privarles en absoluto de la cerveza."

Los soldados de la reserva estaban atacados de la fiebre. Pero, ménos mal las fiebres: "La tiña—escribía á su Jefe de Estado Mayor,—vá desapareciendo de los infestados; pero los que llegan, la adquieren ahora."

¡Hasta la roña venía á aumentar la miseria!

Siempre en sus comunicaciones resalta la más sincera y ardiente premura: "Os suplico, mi general, que se me diga si debo seguir suministrando á mis pobres soldados el pan para el rancho." Y en otra ocasion decía: "Os ruego que se ordene á los jefes de los cuerpos que manden la porcion que les corresponde para el suministro de pan y rancho. El panadero me abruma á fin de que se le pague la deuda de un mes. Y dentro de ocho dias voy á verme obligado á suspender hasta la sopa. ¡Y si esta privacion se agrega á la de la paga, qué vá á ser del infeliz soldado!"

Para dar una idea del estado en que se hallaban estas tropas, valgan los siguientes períodos, verdaderamente conmovedores, y nótense en ellos las palabras dedicadas á los capotes, á los depósitos, á los remiendos, á los fraudes, que son las mismas precisamente que se escuchan todos los dias en nuestros regimientos: males siempre verdaderos y siempre lamentados inútilmente.

"El buen deseo de todos los soldados, mi General, y los cuidados de los sargentos, han reparado hasta ahora con industria y remiendos la *inminente desnudez*. Y puedo decir que los tres depósitos reunidos en Valenciennes *consumidos é indecentísimos* podrían, sin embargo, sufrir una revista al presente manteniendo la comparacion con los individuos de cualquier regimiento; con lo cual, aunque no se piense más en otra cosa, creo son acreedoras estas tropas á que se les conceda *capote encubridor de miserias*, ya que no tienen estos infelices ni verdadero uniforme, ni chupa con mangas. Todos los reparos y arreglos van siendo insuficientes, y *el remendar consume una parte de la paga del pobre soldado. Sé que los cuerpos suelen mirar á los depósitos como un monton de pordioseros*; pero verdadera ó falsa esta opinion, no sufriré jamás *que el soldado á mis órdenes tenga que avergonzarse de su propia persona*; é invocaré con todo el vigor de vuestro auxilio *que se hagan observar aquellas leyes que pagan el sudor del soldado y lo protegen del fraude*."

¡Bien, bravo!

Se ocupaba él mismo de la compra de las camisas para los soldados, y á fuerza de investigaciones consiguió encontrarlas buenas á muy bajo precio, y escribía al general para advertirle de que en los cuerpos

se pagaban mucho más tales prendas, robando de la *masita* del soldado.

Para premiar á los sargentos de buena conducta, así como porque no podía verlos con ánimo tranquilo mal vestidos, el pobre Foscolo les anticipaba de su bolsillo particular un poco dinero de los ahorros futuros de sus respectivas *masitas*; hacía que se acomodasen las necesidades de los soldados con los reducidísimos haberes que podía prestar su propia pobreza; asistía personalmente á todos los contratos á fin de que no se defraudase al soldado; verificaba los actos más insignificantes de la administracion; exigía que los obreros y los comerciantes fuesen en persona á su despacho con objeto de entregarles los recibos; y así, á fuerza de paciencia y de cuidados, conseguía que las cosas marchasen de la mejor manera posible.

"Interponed mi general vuestra autoridad, escribía, para que yo vea á mi soldados contentos de mí mismo, como yo lo estoy de ellos. La sala de correccion está siempre vacía; el servicio es regular; los tres cuerpos enteramente de acuerdo y todos celosos en el cumplimiento de sus deberes."

Pero no siempre sucedía así. Tenía razon para lamentar *la poca subordinacion en que viven naturalmente los individuos alejados de la severidad de los cuerpos*, y exigía que los sargentos encargados del *detall*, aunque estuviesen lejos, viniesen á presentarle diariamente su trabajo. Quejábase de que los sargentos tratasen de violar la ordenanza vistiendo de paisano. Deploraba que el vestido de los soldados se hiciera de municion

y que la cintura de los pantalones, especialmente, no cuadrase nunca con la barriga de la tropa, y que aquellos benditos fondos se consumiesen en tan poco tiempo. Dolíase con el general de que los oficiales comandantes de destacamento dejasen por el camino á los enfermos llevándose los capotes: "*cosa que no sé si es contraria á los reglamentos, pero si sé que es contraria á la humanidad y á la prudencia.*"

Le quitaban sus mejores sargentos; escribía á los cuerpos y no le contestaban; quería cerrar sus cuentas y no le remitían los documentos, y el pobre Foscolo, despechado, se lamentaba y desahogaba con el general: "Se me trata demasiado mal; dejadme al menos al furriel Gilli, único capaz de ayudarme en la enojosa, embrollada, y para mí nueva contabilidad de los tres diferentes Depósitos."

¡Oh, pobre autor de los *Sepulcros!* Y á todo esto se añadían otros ayes.

El vivandero tenía tres hijas; estas tres hijas no *adornaban el amor con recatado velo*; y sucedíanse celos entre los sargentos, chismes y duelos, y el pobre Foscolo se veía obligado á retener los soldados en el cuartel, arrestarlos, tomar inquisitivas y extender informes y más informes. Los sargentos robaban de las hojas de préstamo; un sargento primero se le escapaba; un soldado se llevaba las cadenas de los carros de artillería; otro venía á las manos con el paisanaje, y de allí nacían reclamaciones, protestas y escándalos sobre escándalos. Entre tanto sobrevenían en gran número los prisioneros ingleses, y era preciso reforzar

las guardias, y no le bastaban soldados, y los que tenía estaban siempre lamentándose del servicio.

"¡Ah, general! escribía entonces Foscolo desesperado, confieso que la fuerza y la paciencia empiezan á faltarme."

El alma de Foscolo, dijo un crítico con justicia, que era lírica; lírica en las cartas familiares, lírica en los artículos de periódico, lírica en sus prefacios, lírica hasta en los comentarios que hacía en las márgenes de los libros. Es cierto; y hasta estas sus cartas son líricas, llenas de pasion, de vigor y de vida.

"Os recomiendo á mi hermano, escribía al vicepresidente de la república italiana: es culto, valiente y hermoso." Este último calificativo colocado en una súplica con aquella franqueza ¡si alguno lo pusiese ahora!.....

"Sólo Bravosi queda decomisado en el *cuarto de la tiña;* y únicamente Ragazzi, ladron, sale todos los dias de su cárcel entre las inmundicias y las enfermedades para dar ejemplo cotidiano á los malhechores."

Eso escribía al general, y mejor que escritura parece escultura.

Tambien son dignos de notarse ciertos pasajes curiosos de sus cartas. En una dirigida á un sargento primero, despues de una invectiva violenta, concluye solemnemente:

"El cazador Gabetto os debe tres pesetas por una camisa."

En otras partes se leen poco ménos que discursos

suyos sobre las marmitas, los vidrios rotos y otros importantes asuntos.

Y de cualquier cosa que hablase, siempre lo ejecutaba con el mismo ímpetu, el mismo fuego, como si declamase una poesía ó improvisase un discurso.

No impedían el estudio estos cuidados á Foscolo.

Despues de los ejercicios militares que con frecuencia Napoleon hacía llevar á cabo por largas y largas horas, aunque lloviese á cántaros, y especialmente en los dias de descanso, mientras los soldados cultivaban los huertos hechos alrededor de las barracas, y los oficiales bailaban, hacían el amor á las chicas de los alrededores ó jugaban al billar, Foscolo estudiaba ardientemente el inglés, empezaba la traduccion de Sterne, escribía su magnífica Epístola á Vicente Monti; y conmovido por el espectáculo de doscientos mil hombres acampados en la orilla del Océano meditaba la segunda edicion de Montecuccoli y revolvía en la mente *los poemas altivos cual espadas* que debían encender la musa de Silvio Pellico; tanto es así, segun dijo Pecchio, que á quien sabe renunciar á la botella, á la pipa y á las cartas, nunca le falta tiempo áun en medio de las funciones de la guerra.

En una palabra, el poeta se fortificaba en él y se enervaba el soldado, y le daba alientos para soportar con ánimo invicto los disgustos á pesar de que amó antes y amó despues la vida muelle y cómoda. Amó esa vida como poeta; despreció esa vida como solda-

do. Y ciertamente que debía estar adornado de tal virtud, cuando, como observó justamente uno de sus biógrafos, fué tan estimado por los militares, que á la verdad no son propensos á conceder su admiracion á quienes siguen más reposado camino.

Tal fué la vida militar de Hugo Foscolo.

Por último, los cambios políticos y los que se operaron en su espíritu, le obligaron á cansarse de la carrera de las armas, y resolvió abandonarla; pero no lo obtuvo sin dificultades y desazones. Esperaba una reforma y no llegaba; pidió su retiro y no se lo querían conceder; le pesaba ya el uniforme militar, cosa bastante frecuente hoy mismo en los que lo vistieron con demasiado ardor y demasiadas esperanzas.....

"Estas divisas militares, italianas —escribía— me parecen tan humilladas, tan míseras, tan peligrosas, que daría un par de escudos á quien me las llevase cuando me obligan á vestirlas."

Y no se vestía de uniforme sino para hacer respetar su carruaje de las requisiciones de los dependientes de consumos.

Pero no fué culpa suya. A su tiempo él amó el uniforme y lo vistió con orgullo y con orgullo escribió á Joaquin Murat aquellas memorables palabras:

"Príncipe, las letras son el primer objeto de mi vida; pero las he asociado á las armas para darles el valor y la experiencia que distingue á los grandes escritores."

Recuerden estas palabras y repítanlas eternamente los literatos militares presentes y futuros.

Recuerden tambien en ciertos momentos de mal humor, cuando el yugo de la disciplina les apriete más y les hierva la sangre en las venas; recuerden que muchas veces el autor de los *Sepulcros* se escuchó decir por cierto comandante rabioso:

—¡Señor Foscolo!... las escaleras están súcias... ¡Señor Foscolo!... V. no lleva la corbata de ordenanza... ¡Señor Foscolo!... es preciso que se ejercite; no maneja V. todavía bien el estilo propio de su oficio.

Foscolo, fogoso, indócil, soberbio; Foscolo que entreveía con los ojos de la inteligencia á las generaciones futuras destocadas é inclinadas ante su imágen, Foscolo oyó, calló y tragó las reprimendas. Y cuando él ¡Él! calló, bien puede resignarse otro cualquiera á callar. ¡Imítesele hasta en esto!

Y hoy que sus restos han sido restituidos á Italia, y de él, de su índole, de su corazon, de su vida, se habla y se escribe con nuevo entusiasmo y juicios diversos, que no se pierdan entre las hojas de laurel de su corona, los galones de su gorra de capitan; entre los versos de sus *Sepulcros*, figurémonos las cifras y las rayas de sus registros; ya que aquel képpis cubrió nobles sudores, y acaso sobre aquellos registros alguna vez, en las últimas horas de la noche, en un cuartucho solitario del cuartel de Valenciennes, él dejó caer la cansada y atribulada frente.

No olvidemos la piedad generosa que le inspiraban sus soldados enfermos y semi desnudos; la ira con que defendía los derechos de los mismos y proclamaba sus sacrificios; pongamos tambien en la balanza aque-

llas fatigas, aquellos desengaños, aquellos dolores; y en medio de los himnos, de las músicas lejanas, que lo saludan como á gran ciudadano y gran poeta, surja un grito soldadesco al lado de su tumba, que diga:

¡Gloria al capitan Hugo Foscolo!

Quizá, quien sabe, si él pudiese escuchar todas estas aclamaciones, acaso la última provocaría en sus muertos labios una sonrisa y una chispa de fulgor en las fosas de sus ojos. Tal vez murmuraría con conmovida voz:

—¡Oh, mi campamento de Boulogne! ¡Mis soldados!

A LOS QUINTOS

[Febrero de 1870.]

Calles y plazas se han visto llenas de quintos estas noches.

Solían pasear á prima noche, cuando las calles y plazas se hallan iluminadas y principia el continuado ir y venir de las personas más ó ménos desocupadas, de los carruajes y de las gentes alegres, como ocurre siempre en dias de Carnaval.

Pasaban de prisa por piquetes, de dos en fila, vestidos con sus trajes de aldeanos, envueltos en las mantas, conducidos por pocos *números*, volviendo la cara acá y allá, á las puertas de los teatros, los escaparates de las tiendas tapizados muchos de ellos con trajes de máscara y antifaces, á los puestos de los vendedores de flores cubiertos de guirnaldas y ramilletes, etc., etc.

Los transeuntes los miraban al pasar, otros se paraban en las esquinas para verlos desfilar, y algun co-